ferrea—ese debió haber sido y quiso ser el programa servil.

En verdad que no se le pudo negar ni resolucion ni consecuencia.

Los liberales, puesto que los que deben ir al poder por la naturaleza de las cosas quieren el mando absoluto y califican de benéfica la dictadura, ¿por qué no se fijan tambien, por qué no convierten ese vigoroso instrumento revolucionario en el auxiliar eficaz de sus miras? ¿Por qué no dicen fundamos esta raza por medio de la comunidad de intereses, por la trasfusion de la colonizacion, por la sumision de todos los poderes al civil, por la revindicacion del Evangelio, por el progreso, por la luz, por la proclamacion y la práctica de todas las libertades, bajo el amparo del órden, de la moralidad y de la justicia?

¡Poder omnímodo para no hallar que hacer con él, para embarazarse y poner en evidencia la irresolucion!.... es el poder de Santa-Anna; déspota..... la lanza de Aquiles no blandida sino arrastrada con trabajo por un pigmeo!

Dejemos estas observaciones..... dejémoslas..... Puros ó moderados, exaltados ó serviles, pero..... *¡¡¡Consecuencia!! ¡¡¡Verdad!!*

LA VIDA DEL PUEBLO.

A mi llegada al pueblo cuando era medio dia por filo, con todas las trazas de facineroso, entre los soldados que armaban estrépito y gente curiosa que me seguia, me detuve en el meson de la plaza en un cuarto estrecho y oscuro como caletre de noble de ogaño, y tan desmantelado que parecia sostenido por la tesorería general.

A poco tiempo de mi llegada inquirimos noticias de la fonda, y el huésped de la posada llevó su complacencia hasta el punto de que uno de los propietarios del mas afamado establecimiento del lugar se fuese á poner á mis órdenes.

Seria necesario poder dar á conocer á mis lectores el hastío profundo, la incomodidad intensa, la incontenible exaltacion que me preocupaba para que formasen ligera idea de la cólera que me produjeron la vista y las primeras palabras del cocinero.

Erase un hombrecillo de mediana talla, de tez tan morena que mi apellido le hubiera cuadrado como nombre propio; el cabello reluciente por la grasa, dividido como el de las mujeres y recogido en esmerados rizos tras de las orejas, sus aretes y su gargantilla de corales, su camisa con cínico desgote escondida bajo una mascada cruzada como la estilan las mujeres tam-

bien, y sujeta á la banda de burato que ceñida á su cintura dejaba caer sus flecos en la parte posterior con marcada coquetería, el calzon de lienzo ajustado, zapato bajo de género, y en la camisa randas y moños como lo usan las mas planchadas rancheritas..... En una palabra, lo que se llama por Tierradentro un *marica*, un afeminado. Seres que son prodigios de degradacion, de apostasía del sexo, de trasfiguraciones sacrílegas, por desgracia muy conocidos, y para mí y para todo el que se suponga con sentido comun, detestables, asquerosos é insultantes al extremo.

No puedo describir lo que sentí cuando sin previo saludo, sin antecedente, contoneándose, saleroso, y con una voz melosísima me dijo aquel ambiguo cocinero.

—Vida mia, qué mandaba Vd?

—Váyase Vd. de aquí, quítese Vd. de mi presencia.

—Adios..... por qué tan esquivo *huerito?* hay mole verde, colorado, asado de pollo, frijolitos refritos con su cebolla picada.

—Hombre! no como! márchese V. al demonio.....

Iba á continuar aquel hombre falsificado, cuando lo sacaron los soldados del cuarto poniendo término á tan repugnante escena.

Recordaba que el Sr. N*** uno de mis mas respetables amigos y amigo tambien del Sr. Ramos Arizpe, tan conocido por su patriotismo, por sus esclarecidos talentos y por los arranques impetuosos de su genio, me contaba que acompañando al Sr. Arizpe por Tierradentro quiso su señoría decir misa.

El ayudante que se presentó cuando ya estaba en el altar, fué uno de estos *afeminados* que son tan conocidos en Tierradentro.

La misa comenzó.—*In nomine Patriis et filii &c.*

El ayudante.—Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.

No pudo contenerse el Sr. Ramos; con todo y casulla dió sobre el ayudante, dejó de decir misa y se salió al momento de la poblacion.

Yo no pude pasar bocado de la fonda *de los amujerados*, que es la mas afamada de este lugar.

Despues de mi visita al señor prefecto, visita llena para mí de mortificaciones, me instalé en un lóbrego y ruinoso caseron en la calle del *Diamante*, de la que escribia en mis cartas íntimas.

Tengo por vecindad una escoleta
Que casi me despierta con la aurora,
En que alternan la trompa gruñidora,
El agudo octavino y la corneta.

Como compitiendo con la escoleta está la escuela del lugar, á mi siniestra mano y á mi frente el campanario de la parroquia, de suerte que no habia mas que pedir en materia de ruidos.

Tendí mi capa en el humilde suelo, se instaló Torbellin mi leal compañero sobre un zarape, y declaramos habitacion aquel tan triste cuanto desmantelado y ruinoso tugurio.

Dice bien Eugenio Pelletan en su magnífica pro-

fesion de fé del siglo XIX; la confinacion es dolorosa porque confisca y cercena una parte de la vida: la ausencia de Manso en aquellos dias me fué infinitamente mas dolorosa que mi pobreza, que mis humillaciones y que mis dolores fisicos.

Tendido en el suelo, revolcándome por los intensos dolores del cólico que me acometió impío, sin una sola voz amiga mas que la de mi compañero á quien aturdia el alarmante estado de mi salud, mis sufrimientos morales eran muy superiores á mis dolencias fisicas.

Recordaba casi con lágrimas á una *Juana, de Tequisquiapam*, con la que me parece ingratitud no dar conocimiento á mis lectores.

En la casa de Mendez en Tequisquiapam habia un pequeño huertecillo formado de rosas, de plúmbago, de chícharo, de arbustos elegantes, de granado, de amarilla retama y de campánulas vistosas.

Este huertecillo era la propiedad y el objeto predilecto del cariñoso cultivo de una huérfana de la casa, mantenida en calidad de sirvienta; seria de diez á once años, hoyosa de viruelas y mal conformada, pobremente vestida y un si es no es contrahecha y zurda de maneras.

Aquella criatura prodigaba á las flores cuidados exquisitos, ellas eran su familia, las atendia con amor, sabia la historia de cada una, hablaba de su desarrollo, les platicaba al tiempo de regarlas dia por dia, las limpiaba y mantenia en excelente estado, siendo el huertecillo su solaz, su nido, el relicario de sus afectos virginales.

En uno de los dias que peores noticias recibí de México y que reventándome de dolores el corazon, lo desahogué en un cuarto solitario con sollozos, advertí indiferente que Juana entraba y salia del cuarto de puntillas, yo me clavé sobre mi mesa y así permanecí mucho tiempo hasta que trajeron la comida; noté que en los platos de la comida traia Juana algunas flores; yo las separaba y seguia maquinalmente comiendo; pero en uno de esos platos fueron en tanto número, que molesto, dije á Juana.

—Quieres dejarme sin comer, ¿qué es esto?

Entonces la muchachuela trémula, como pidiendo excusas, con una delicadeza indescribible y un acento de ternura que ahora hace asomar las lágrimas á mis ojos, me dijo:

—*Esas flores son para que se te quite lo triste:* si sigues así te vas á morir..... y no la dejaron concluir los sollozos.....

En efecto, la mesa, la silla, el suelo, todo estaba cubierto de flores; la indita habia destruido su huerto para que se me quitase lo triste.....

Llené de caricias á la pobre niña, á la tierna y delicada huérfana que se identificaba con mi dolor, y buscaba en su inocencia un lenitivo á mis males, como la mujer de la Escritura que derramó su bálsamo en los piés del que iba al martirio.

Dios, que todo es amor, que todo es ternura, que penetra los misterios del alma, inmortalizó la compasion en la hermosa mujer del Evangelio; yo pobre confinado, yo mortal miserable, te dejo un recuerdo;

niña tiernamente amada de mi corazon, y á mi esposa, y á mis hijos, y á todos los que me amen, rogaré no olviden nunca *á Juana la de lus flores.*

Resuelto: ahorro á mis lectores la monótona descripcion de mi vida en Cadereyta, los detalles de mi establecimiento doméstico, mis tareas culinarias y cuanto seria una repeticion de mis extensas confidencias de Tequisquiapam; voy pues únicamente á presentar á mis amigos, á mis lectores, porque tendria por ingratitud no oprimir ahora algunas manos generosas que en aquella época estreché sobre mi corazon reconocido.

Volvia de misa el primer domingo que pasé en Cadereyta, cuando noté que se paseaba en mi desmantelado cuarto, un personaje absolutamente desconocido para mí.

Era un hombre de setenta años poco mas ó menos, grueso y entre cano, rugoso, pero nervudo y fuerte; sus ojos llorosos y escoriados, una luenga capa azul le envolvia, y le coronaba un fieltro negro colocado con parsimonia en su cabeza: el rostro alegre, y satisfecho el conjunto, la tranquilidad de espíritu y la franqueza.

Penetré en mi cuarto, saludéle, sin atinar á ofrecerle asiento porque no le habia, y sin mas ni mas cortándome la palabra y sin rodeo ninguno, me dijo resuelto, con marcado acento español.

—Amigo, vámonos de aquí para mi casa.

—Con quién tengo el honor de hablar?

—Pobre amigo, vámonos de aquí.

Déjese Vd. de cosas: Vd. padece, vea Vd., vea Vd., ¡pobre amigo! ni una silla, ni colchon, ¡voto va! no señor, se va Vd., y verá Vd. como mis Josefitas le ven como un hermano.

—Pero señor.....

—A mí no me importa saber quién es Vd., ni pititin, ni patatan, Vd. es enfermo, no tiene Vd. cara en qué persignarse, hablemos con franqueza, yo soy de aquí; ¡toma! y en casa no falta carne fresca y un trago de *judío;* ya Vd. entiende, catalan que no ha recibido las aguas del bautismo. ¡Vámonos!

—Expuse mi gratitud al generoso español para quien eran mi sola recomendacion mis sufrimientos; pero rehusé obstinadamente, rehusé hasta con mala educacion, porque mi estado de enfermedad hacia molestísimo mi hospedaje.....

—¡Cabecita! ¡Cabecita! ¿No hay remedio no viene Vd. conmigo?

—Es imposible.....

—Cosas del dia, ta, ta, pif! hum.....y se fué saliendo el señor sin despedida, y dejándome verdaderamente aturdido; no bien salió, cuando encargué á Torbellin indagase quién era mi favorecedor, y me dijo: D. José Solórzano; para pintarlo de una sola plumada añadiré, que era el Lastra de Cadereyta.

Me preparaba á ir á presentarle mis excusas, cuando ya sin capa, lleno de afan y presidiendo una procesion de criados venia el Sr. D. José, y se entró de rondon á mi aposento.

Los criados conducian un ajuar completo de casa,